

4

LINGÜÍSTICA

I. — LA ENSEÑANZA DEL CASTELLANO

Por Rafael Torres Quintero

LA ENSEÑANZA DEL CASTELLANO

Actualidad de D. José Manuel Marroquín

RAFAEL TORRES QUINTERO

Don José Manuel Marroquín, tan controvertido por sus actuaciones políticas como admirado por sus dotes de escritor castizo y ameno, no ha sido suficientemente estudiado como filólogo ni como pedagogo, especialmente en el campo de la enseñanza de la lengua materna. Sus opiniones a este respecto son generalmente tan acertadas que sorprenden al lector de hoy cuando las contrasta con las que eran corrientes en su época. Valdría la pena estudiar sistemáticamente, a través de su obra toda, las doctrinas pedagógicas del señor de Yerbabuena, así como su ejercicio magisterial en la cátedra y el libro.

Un escrito suyo casi desconocido es el que apareció en el periódico **El Zipa** de Bogotá, el 13 de diciembre de 1877, con el título **Estudio del castellano**. Se trata de una metodología y un programa de enseñanza del español, expuestos hace casi un siglo con criterios tan definidos y claros y con tesis tan novedosas para esa época, que bien pueden tener validez en nuestros días de progreso científico.

Su primera afirmación es que el aprendizaje de la lengua no consiste únicamente en el estudio de la gramática. Se coloca, pues, de frente contra la tradicional fórmula: "lengua igual gramática", aplicada desde los tiempos de Nebrija y vigente aún en los días de Bello. "Si la gramática proporcionara ese conocimiento (el de la lengua) y esa posesión, el que la hubiese aprendido bien conocería y sabría emplear oportunamente todos los vocablos que se hallan en el Dicciona-

rio y aún los que, siendo universalmente recibidos y usados por la gente educada no están todavía colocados en ese libro; no ignoraría ninguna de las acepciones de cada vez; diaria razón de todas las sutiles distinciones que hace quien ha estudiado detenidamente los sinónimos"; y sabría muchas otras cosas, resumimos, que están más allá de la gramática, que no caen bajo su dominio. Vislumbraba ya el señor Marroquín que la gramática es solo un aspecto de la lengua y que para penetrar en la compleja realidad que esta abarca es necesario atender a otros puntos de vista como el fonológico, el semántico, el dialectológico y el de sus valores psicológicos y sociales. Claro que estos deslindes y menos esta terminología, no podían darse en su época. Pero bien veía él que el término "gramática" era inadecuado para expresar todo el contenido de la lengua; era menos extenso, y por tanto se cometía un error pedagógico cuando se pretendía dar a los niños una enseñanza global del idioma, enseñándoles solamente su gramática. Los textos escolares abarcaban muy poco de lo que debe enseñarse, pero si tales libros fueran más completos, ya no serían simples gramáticas.

Esto lleva a nuestro filólogo a discutir el concepto de esta disciplina. Ella es, en su sentir, "el análisis filosófico de la lengua". La expresión es de Bello y fue posteriormente glosada por D. Marco Fidel Suárez. Marroquín explica así su opinión sobre la gramática: "a ella le toca decir el porqué de lo que en el idioma sucede". Así que su razonamiento es claramente silogístico: si la filosofía es la ciencia que investiga las últimas causas de las cosas y si a la gramática toca decir el porqué de lo que sucede en el idioma, luego ella es la filosofía de la lengua. No se enfocaba todavía la ciencia del lenguaje con la visión descriptiva y estructural de hoy y se confundía el pensar lógico con la reflexión sobre el idioma. Pero se echa de ver que Marroquín intuía la distinción y sentía que algo había en la lengua más allá de la mera gramática, a la que quería dejar el examen de "la razón de ser" de los hechos lingüísticos, y encomendar a la tarea pedagógica el aspecto práctico y normativo de la educación idiomática. "Todo lo teórico, dice, debería descartarse cuando se compone un libro para texto de enseñanza destinado a principiantes".

Eso que él llama "lo teórico" no será entonces otra cosa que lo filosófico, es decir lo gramatical. Pero luego, dando un paso más, añade que también de lo práctico hay que descontar todo aquello que "no es ignorado por ninguno que hable castellano". ¿Para qué perder tiempo en enseñar a formar el plural de **libro** o de **árbol**, cosa de todo mundo sabida, y en cambio dejar de enseñar casos especiales donde se cometen errores como en **pie** y **alférez**?

Algo, sin embargo, concede a la parte especulativa, "porque para poder explicar muchas cosas prácticas es indispensable exponer antes ciertos principios". Piensa sobre todo en la utilidad que la teoría puede tener "para los que van a estudiar una lengua extranjera". En lo cual sí andaba lejos de lo que hoy denominamos método audioral, basado precisamente en la negación del estudio de la teoría gramatical y apoyado solamente en la adquisición de patrones o estructuras lingüísticas de idéntica forma y contenido distinto.

Reducida la teoría a lo puramente indispensable, los maestros deberán aprovechar el tiempo en hacer que los alumnos corrijan "los defectos a que están habituados, así en cuanto a la pronunciación como en cuanto a acepciones de voces, en cuanto a empleo de provincialismos innecesarios y en cuanto a barbarismos de todo género". Una guía excelente para este tipo de enseñanza, y que él recomienda sería el libro de D. Rufino J. Cuervo, las **Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano**, cuya primera edición (1872) acababa de aparecer.

Establecido el principio de que la gramática es una filosofía de la lengua, es obvio que lo conducente es dejar su estudio para cuando el desarrollo de la inteligencia del niño lo permita, o sea para la edad en que éste pueda filosofar con provecho. Hay que suponer que lo que Marroquín llama "filosofía de la lengua" es una teoría de la gramática, es decir, lo que hoy llamaríamos una **meta-gramática**, o gramática general, modelo científico según el cual pueden explicarse los hechos del lenguaje humano en cualquiera de los sistemas o códigos en que se ha cifrado y por tanto en el sistema del castellano. Así nos lo hace pensar el hecho de que no recomienda el libro de Bello por cuanto este contiene "muchas doctrinas elevadas y profundas". Bien se ha observado que fue precisamente Bello quien primero se esforzó por sacar el estudio del castellano de la generalización logicista a que apuntaban los filólogos franceses del siglo XVII, pero Marroquín piensa que esas doctrinas "elevadas y profundas" de Bello (naturaleza del nombre y del verbo, partes de la oración, sujeto, atributo y predicado de la proposición, etc.) son pura filosofía del lenguaje y por tanto teorías inasimilables por las mentes infantiles. Por eso añade que de Bello solo conviene estudiar lo puramente práctico "como las conjugaciones de los verbos regulares e irregulares".

Para una enseñanza como él la concibe no encuentra el señor Marroquín un texto apropiado. "Hay necesidad, dice, de **una serie de textos** (subrayamos) en que los principiantes puedan ir hallando, se-

gún sus años y su capacidad, la enseñanza que les conviene". Llamamos la atención sobre lo de la serie graduada que él reclama, porque este justo anhelo, al siglo de ser manifestado, no se halla aún plenamente satisfecho. Los manuales escolares de nuestros tiempos no se titulan, es verdad, como antiguamente **Gramática de la lengua castellana**, sino, por ejemplo, **Castellano, Nuestra lengua, Español y literatura, Técnicas de comunicación, Español funcional**, etc., pero siguen estando atiborrados de teoría gramatical desde sus primeras páginas. Y ojalá que esa teoría estuviese siempre bien fundada y dosificada según la edad y capacidad de los alumnos. Hay en esta materia contradictorias opiniones, confusión de ideas, uso y abuso de terminologías diferentes según la escuela lingüística a que cada uno se afilia. Profesores hay que abogan por la implantación de la moderna gramática generativa y transformacional desde la escuela primaria y los hay también que defienden a ultranza la doctrina tradicional de la Academia Española o la de Bello.

El consejo del señor Marroquín es que se dosifique la materia y se gradúe de acuerdo con la edad de los niños. Pero sobre todo que se descargue de teoría gramatical y se extienda a otros sectores de la lengua. El propone tres cursos (era lo que entonces se acostumbraba) programados de este modo: en el primero la conjugación y los rudimentos indispensables para entender los métodos de francés e inglés. Piensa que aún esto es superior a la madurez intelectual del niño pero lo considera un mal necesario "porque los defectos del lenguaje hay que corregirlos antes de que se arraiguen desde temprano" para formar hábitos. El segundo curso deberá ser eminentemente práctico encauzado a la corrección de los errores que ocurren en el país, algo así como lo contenido en las **Apuntaciones de Cuervo**. El tercero podría consagrarse a las doctrinas de Bello y otros gramáticos "y de él deberían servirse los que pensaran consagrarse a estudios especiales sobre las lenguas, sobre la literatura y la filosofía". Con visión realista distingue así los objetivos en cada nivel de la enseñanza porque no todo ha de servir igualmente para todos.

Para concluir, expone D. José Manuel la idea de que solo la lectura cuidadosa de buenos autores es la que forma y disciplina el buen gusto y la corrección idiomática. Su recomendación, que desde luego no es una novedad y es conocida desde los tiempos de Horacio ("nocturna versate manu, versate diurna"), insiste en que se maneje a los clásicos de los siglos de oro, pero hace una salvedad que acusa criterio de modernidad indudable: quiere que de entre ellos se prefiera "a aquellos que siendo más antiguos escribieron ya como puede escribirse hoy". Su sentido del valor de lo contemporáneo es tan claro

que pone todo su empeño en que la lectura de modelos conduzca a aprender "el castellano que debemos hablar y escribir ahora, que ha de estar distante de los afectados arcaísmos que prueban pedantería". Su frase final es desdeñosa y casi de repudio contra los dogmas de su época: "Jovellanos y Quintana no se formaron estudiando a Bello o a Salvá, porque en su tiempo no había Salvaes ni Bellos".

¡Qué gran maestro de "lengua y literatura", como hoy se dice, perdimos en el señor Marroquín cuando el ambiente de su época y los azares de políticas y revoluciones le impidieron dedicarse del todo a la actividad que más estaba en consonancia con su temperamento y más se acomodaba a su vasta ilustración humanística! Su vena humorística, muy en contraste con la gravedad de los acontecimientos en que le tocó intervenir, lo llevó también a divertir su pluma en jocosos pasatiempos o en el provinciano costumbrismo de moda. Menos mal que de ello nos quedó la ingeniosa fábula de **La perrilla** y sobre todo **El Moro**, la obra que indiscutiblemente le da puesto entre los mejores prosadores hispánicos y lo caracteriza como el hidalgo criollo de la Sabana de Bogotá, trasunto de la fecunda tradición española de Pereda o Galdós. No nos consta que hubiera sido lector de Fray Antonio de Guevara, pero lo cierto es que su "Menosprecio de corte y alabanza de aldea" lo condujeron a quedarse apenas en los inicios de un camino por el que hubiera podido llegar a ser un penetrante estudioso del lenguaje, al par de un Rufino J. Cuervo o un Miguel Antonio Caro.